

Marco Antonio Montes de Oca

De Persia vinieron las rosas

Anegada la galería de los suspiros, deshecha la paciencia que me hace anidar en andenes de hielo, frecuentados los balcones sin casa de la rueda de la fortuna, me convengo de que ya no soporto las discusiones de los mirlos en el techo movedizo de la filosofía. Un vuelco incalculable me sacude y hago de tripas corazón. Tomándome rudamente de los pelos me conduzco al rincón de los castigos, al laberinto en que la cuita pierde pie como yo pierdo fondo en la nómada escalera imaginaria que a su vez me hunde en la somnolencia trazadora del mundo.

Algo, en efecto, ha confiscado mi guerra mundial. Por eso exhalo mi futuro en anillos de humo que hacen ondular al cortinaje de piedra. Por eso mismo se consume un mal en apariencia incurable: la fuga de mi propia alma cuyo negreante fulgor, ni por la desdicha ni la gloria agobiado, se aparta con ira emboscada pues ya no soporta más el fastidioso tuteo al que la tengo sometida: "alma mía" a todas horas, a cada momento en que la mancillo con mi abusiva confianza. Húmeda y sondeada, vuelta de revés como una cáscara, el alma ha sufrido toda suerte de melosas designaciones sólo porque nos acompaña desde niños en un clima donde no siempre las fuentes opuestas intercambian afilados pétalos y luminosidades soñolientas. "Alma mía" a cada momento. Sólo porque a veces azulea en el pecho como una cruz de San Telmo que al atenuar su florescencia ultramundana nos ha permitido familiaridades que luego hemos extremado bajo los adustos pilares del cielo.

Nuestra promiscuidad con el tiempo la envejece. Y como el alma está en su derecho de tentar otros confines, me abandona sin matarme; se remonta desde su hotel pringoso sin ocuparse más de la torpe envoltura que por tantos años le prohibió el

serpenteo de la gasa, las evoluciones poliédricas de las que ahora conoce el tramo inaugural. Formarse sin la imaginación, imaginarse sin forma, dan por resultado lo que en verdad ha de llamarse un alma libre: esponjado ramo de perfumadas máscaras, rosa gestual en que se asienta el cultivo rotatorio de las nuevas plenitudes.

Su ausencia desnivela el horizonte, enrojece mi fémur, adivina letanías de cantos rodados y frases pulidas hasta desaparecer. Soy el inocuo *desalmado* que llega a su eterno recommienzo y hacia todas partes mira, en todas las esquinas pregunta cuándo acaban las vísperas que anuncian el mismo tiempo monacorde, la cosecha perdida desde antes de sembrada, mis lentas fauces que devoran una sola uva en varios meses. ¿Sabrá mi alma que sólo espero su llegada para poder morir?

Por culpa de mi culpa atizo al diamante que después no sabré domeñar. Mi mano jamás consigue constreñir la gota sangrienta que la entreabre y anuda mis raíces unas con otras para dejarme enano, ausente de toda posibilidad precisamente cuando cada nube presume de ser sólo plomo transfigurado, hinchado vientre de una bella tormenta aplacada. Lo aullaré en latín, lo murmuraré al oído del trueno; soy el cascarón de la yema que no vuelve, la sombra de un vaso que llora su propio cristal independiente.

Mi cuerpo, jaula abandonada, hace vibrar su puerta abierta como si fuese el almacén de un ala. De cara a mi rincón he intentado borrar con el antebrazo la ceniza del otro antebrazo, manchándome dos veces mientras borro itinerarios, suprimo cañadas y gargantas secretas, resto naturalidad y naturaleza a lo que ya no entiendo bajo los engarruñamientos de las plantas espinosas y de las alcobas submarinas y de los mármoles cubiertos por esa ceniza de la que ya he hablado y que tanto dispersamos en vida mientras ella, en el camposanto, hace lo posible por reunir lo que resta de nosotros.

Sé de seguro que mi alma está en Persia. En Persia se inventó el correo. Desde ahí partió hacia Europa la primera remesa de rosas. Ahí se consultaron arúspices domésticos cuando las aves excretaban lava. Mas todo se vino abajo con la presencia desleída del injerto. Las rosas, como el alma misma, no supieron defenderse del polen promiscuo y de las tentaciones del mestizaje repentino. Las rosas no supieron asumir su forma antigua. El alma, en cambio, podría de nuevo habitarlos si se le respeta cediéndole la acera, evitando familiaridades bochornosas, villanos juegos de manos. No sé si mi historia merezca otra vuelta de tuerca. Entre tanto, atisbo en la lluvia signos propicios. Mantengo en alto la cornucopia sin hedor ni origen. Trenzo los aros de mariposas que el alma hacía rodar. Estoy seguro de que está en Persia. Estoy seguro de que al fin regresará.

